



LEONARDO HUEBE

Martín Gardella
bailando
en el Marconi

Página 3



UN RELATO DE LUIS SOTO

¿Qué toma
Borges?
Un semillón

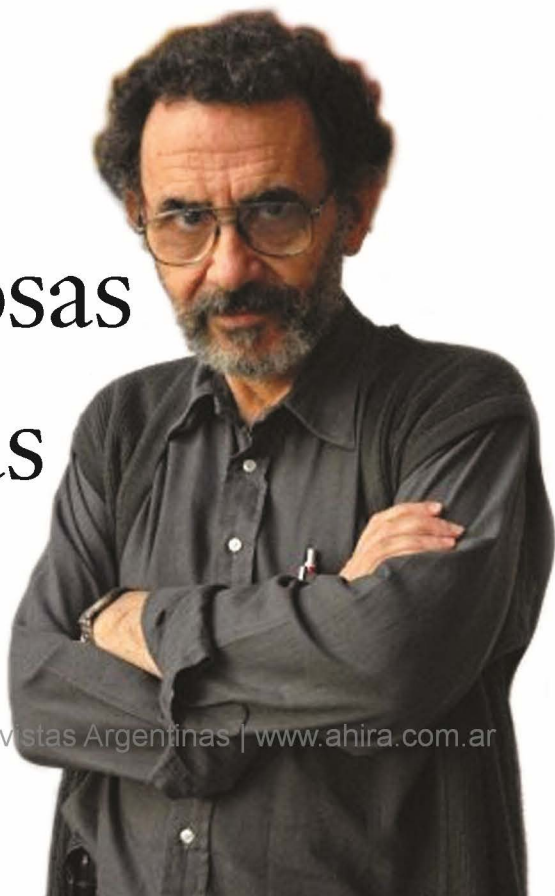
Página 4

SL

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 53 | JUEVES 6 DE DICIEMBRE DE 2012

Daniel Freidemberg
Cosas
en la luz,
nomás

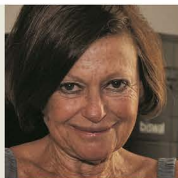


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La búsqueda de la eficacia, la necesidad irremediable de ejercer la autorcítica frente a la derrota y la cancha como escenario de tensión y conflicto son algunos de los núcleos que afloran en *Cuentos de tenis*, una flamante antología que reúne textos de Adolfo Bioy Casares, Paul Theroux, John Updike y

William Somerset Maugham, entre otros. Aunque a la sombra de otras disciplinas como el fútbol o el boxeo, que han entablado una relación más profusa con la literatura, el tenis condensa una serie de reglas y modalidades que facilitan las simetrías con el proceso de gestación de una obra literaria.

"El deporte (...) permite graficar y entender el fracaso, el placer, la decadencia de la derrota y el complejo proceso de observar a los contrincantes desde afuera, que dan cuenta de los claroscuros de la condición humana", dijo a *Télarq* la escritora Liliana Hecker, autora del prólogo.



JULIANA GROSSO

Cosas en la luz nomás



Hay una repetida anécdota de Mallarmé con Debussy sobre la música y las palabras. La recordaba, entre mucho otros, Buñuel cuando debía explicar sus adaptaciones al cine de la obra de Galdós.

El músico invitó, una tarde, al poeta para hacerle escuchar "La siesta del Fauno", poema de Mallarmé que él había convertido en un innovador preludio. El poeta oyó en un silencio abismado. Cuando Debussy terminó, se dio vuelta para preguntarle qué le parecía; el poeta, como única respuesta, lo apuntaló con la famosa frase "el poema tiene su propia música".

También hay otra versión que cuenta o inventa Piglia, en "Crítica y Ficción", pero esta vez, entre el autor de "Un golpe de dados" y Gauguin. El pino le comenta que tiene algunas ideas para hacer una novela y Mallarmé le dice, con el mismo certero puñal, que el problema es que las novelas no se escriben con ideas, sino con palabras.

Sin importar las variantes, tenemos una constante inconciliable para unos, y natural para otros: idea y poema, música y palabra son matrimonios que no siempre se llevan bien; se casan, tienen hijos y entenados, se pelean, se engañan, se separan y se vuelven a encontrar. Y esto pasa desde los más oscuros presocráticos hasta nuestros tiempos hipertextológicos. Pero la poesía, la música y las artes tienen en común el rastro de una presencia anterior a la conciencia y a la racionalidad contemporánea. Vestigios de asombro y terror, de silencios gritos, en un improbable y enigmático origen que ha sido traducido millones de veces a la gramática y al repertorio simbólico de la cultura. Después, no se ha borrado aún el ruido de



DANIEL FREIDEMBERG. "UN POETA DE LA BREVEDAD METAFÍSICA DE LO REAL", COMO LO DEFINIERA NICOLÁS ROSA.

fondo, como el que escuchan los astrofísicos y donde creen ver los indicios del origen del universo. Ese ruido de derumbe babélico aparece y se articula de infinitas maneras.

Estos últimos días, fue la obra poética de Daniel Freidemberg la que me refrescó no sólo la conflictiva relación entre pensamiento y poesía, sino primordialmente, esas sorpresas por las cuales, sin esperar ni conocer lo que escuchamos, sentimos que algo hay ahí, en lo que dice el poema, y eso viene de muy atrás.

Freidemberg llegó invitado a la Feria del Libro de Mar del Plata y leyó en dos ocasiones: el primer día, al público en general, y al día siguiente, en un salón desbordado de alumnos y talleristas de colegios de la ciudad y la zona. La antología *Historia de un tiempo futuro* (Susana circular, 2012) fue de algún modo, el mejor pretexto para revisar sus últimos libros publicados desde *Diario en la crisis* de 1986, hasta *En la resaca* de 2007. Además, la edición reproduce el comentario que Nicolás Rosa le escribió a *Lo espejo real* en 1997, donde lo propone como "un poeta de la brevedad metafísica de lo real".

Daniel Freidemberg nació en Resistencia, en 1945, y se recibió de maestro en esta ciudad de Mar del Plata o, mejor dicho, en la que él conoció hace años. Luego volvió al Chaco donde enseñó en una escuela de La Sabana y fue descubriendo ese otro fondo del lenguaje en que las palabras son una fiesta del sentido. Fue entonces en que desembarcó en Buenos Aires y participó del taller literario de Mario Jorge De Lellis. En 1981, la editorial El Escarabajo de Oro publicó la antología *Lugar común*, con un prólogo de Santiago Kovadloff, donde se congregaba, incluido Freidemberg, a algunos poetas representativos de los 70, como Guillermo Boido, Irene Gruss, Tamara Kamenszajn Jorge Aulicino quien todavía firmaba como Jorge Ricardo. Unos años después y hasta 2005 integró el Consejo de Dirección de *Diario de Poesía* que dominó la estética de buena parte de la escritura de una época una región: Buenos Aires. Durante muchos de esos años, con constancia sarmentina escribió importantes trabajos críticos

ensayísticos además de una veintena de antologías. Ese lado más conocido de su obra aparece hoy, de relieve, como una verdadera labor docente, cuyos resultados son citados en cuanto estudio o investigación se realiza sobre poesía contemporánea argentina.

Menos conocida, y no menos importante, su obra poética responde a la geografía de la búsqueda, borrones y tachaduras en el mapa de la escritura del 60, donde las voces de Gelman pero también Gianuzzi y Leónidas Lamborghini, marcaron el tono y la apuesta de un lenguaje distinto en el subsistente concreto neoromántico y surrealista. Esa búsqueda en que se reúne la exhaustiva lectura de viejos poemas y la visión segada, "desde el lugar de donde (el lenguaje) no era visto habitualmente", aborda la realidad cotidiana a la tuerca, evitando la pretensión lírica y subjetiva. Lo poético resulta, entonces, un procedimiento en que el montaje del texto, los silencios y sus ecos producen extrañeza y perplejidad ante el problema del conocimiento de lo real.

En alguna medida, es esta la razón de una escritura en que se dan varias versiones de un mismo

poema, como tentando el terreno movizado del conocimiento de una realidad que se evapora con el lenguaje. Desafía esa singularidad del "texto definitivo" de la poesía tradicional, haciendo de lo inacabado un signo de la misma realidad. Hay ideas en estos poemas pero que no están enunciadas del todo. Apenas hay alguna insistente interrogación, porque en el fondo le inquietaba mostrar lo que no tiene respuesta, en lugar de mostrarlo inefable. Pregunta por ejemplo: "¿Y entonces qué habla por esta boca, la muerte? ¿Qué sobreimprime al sol esa palabra "sol"..." La incertidumbre juega con lo categorico del lenguaje y deja ver los resquicios entre palabra y cosa. Pero va más lejos: "Algo se ha roto o nunca estuvo, ¿era el alma? / Cosas que ruedan, ahí afuera, no hay nada".

En todo eso, no hay afirmaciones contundentes sino una sensación de lenguaje gastado que necesita ser pensado de nuevo. En las palabras como en la física de partículas, existe materia y antimateria. Existe la construcción y la aniquilación. El lenguaje ha hospedado la ética de Sócrates, las parábolas de Cristo, el arpa de Bécquer y la amistad de Juan L. Ortiz, pero en esa misma energía también está la monstruosidad de un Videla y la perplejidad de Babel derrumbada.

La lectura de *Sonidos de una fiesta ajena* me fue procurando la imagen de un autor en el instante mismo de la escritura, aunque ese instante se haya escapado con los años. Lo voy escribiendo y borrando, tachando y preguntando por el otro o la frase que debía poner, haciendo sonar las palabras para oír su música, rectificando y probando una y otra variante. Un proceso en que pensar y pesar las palabras se vuelven una poética.

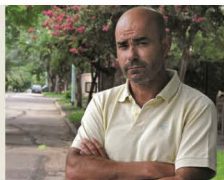
Por eso, una pregunta al final de esa antología de Freidemberg traza, entre versión y versión, su respuesta: "¿Cómo resacas que dejó el mar del tiempo, las cosas? No, cosas en la luz nomás".

EL FÚTBOL COMO DISPARADOR

Aviones en el cielo es un volumen que reúne una serie de columnas escritas por Eduardo Sacheri para la revista El Gráfico, en donde el escritor toma el fútbol como punto de partida para hablar de la pasión, la suerte, las decisiones, el éxito, el fracaso

y muchos otros aspectos de la vida. El libro, publicado por El Gráfico Ediciones, es una selección de columnas escritas para la revista deportiva entre enero de 2011 y octubre de 2012, en donde el autor, con total libertad creativa, expone su visión sobre el deporte más

importante de la Argentina. "Soy un escritor hablando en formato de columna, no un periodista, y lo que buscaba El Gráfico cuando me invitó a escribir los relatos era eso, una mirada literaria", explica Sacheri a *7elam*.
JUAN RAPOLO



JUEVES 6 DE DICIEMBRE DE 2012 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



→ LEONARDO HUEBE

Hace muchos, muchos años, en un número de la revista *Puro Cuento* (ese mito entrañable que aún se extraña y que dirigía Mempo Giardinelli), descubrí un relato que me obsesionó: "Baile en el Marcone", de Guillermo Martínez.

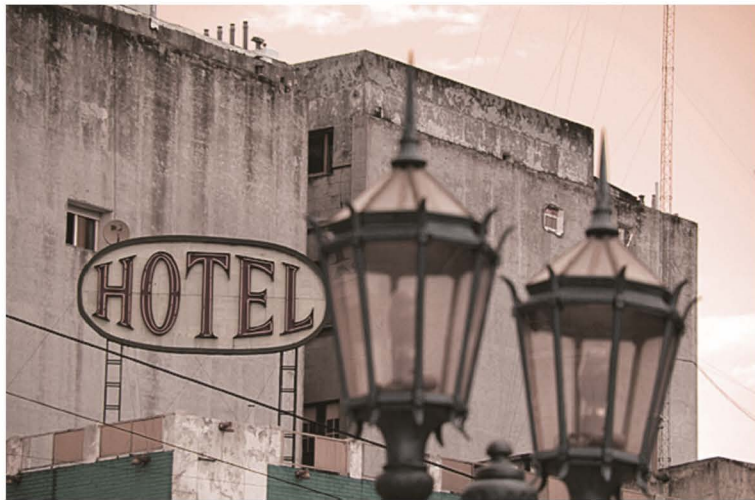
Era esta una historia llana, de situaciones y diálogos previsibles, de lenguaje llano, con un final sorpresivo y sorprendente. Era esta una historia perfecta. Para quien yo era en esa época, un joven que quería escribir pero no sabía cómo, encontrar algo así era llegar a las tierras de Cipango. El cuento de Martínez era simple, no tenía hilachas, finalizaba dándose en la cabeza uno de esos coscorrones que Don Ramón le proveía, dos por tres y justificadamente, al Chavo.

"Un sábado que caminaba por la calle Corrientes buscando a la mujer de mi vida, o alguna mujer, doblé por Pueyrredón para seguir a una morocha que taconaba lindo, zaramando todo. La encaré en Plaza Once y resultó que la morocha cobraba. Cuando me dijolas tres tañías sumé en la cabeza lo que tenía en los bolsillos, aunque sabía que era inútil. Y con veinticinco, para qué me alcañaza?, le pregunté. Comprate un chocolatán, me aconsejó, y cruzó por Rivadavia moviendo el culo todavía más, como hacen las mujeres cuando saben que uno las mira.

Esta por volverme, pero al atravesar la plaza me llamaron la atención unas luces de colores en lo alto de un edificio viejo, de dos o tres pisos. Un baile, pensé. Baile en Once: levante. Y crucé la avenida. Tardé un poco en darme cuenta de que debía entrar por donde decía el Marcone.

Aún hoy puedo recordar, entre la maleza que el paso del tiempo y la mala vida han hecho crecer en mi memoria, este principio.

No son muchas las veces que, como lectores, nos suceden estas cosas. En mi caso con, como ya dije anteriormente, las novelas cortas *Bonaf* y *Entre tú y yo*, a la que le agregaría *La habitación ce-*



Martín Gardella bailando en el Marcone

“ Estaba por volverme, pero al atravesar la plaza me llamaron la atención unas luces de colores en lo alto de un edificio viejo, de dos o tres pisos. Un baile, pensé. Baile en Once: levante. Y crucé la avenida. ”

rrada, de Auster; novelas: *El cabeza*, de Martelli, *Manhattan Transfer*, de Dos Passos, *La muerte de Artemio Cruz*, de Fuentes, *La conjura de los necios*, de Toole, *Los siete locos*, de Arlt, claro, y un par de las de Murakami; cuentos: los dos libros de Rulfo, por supuesto, los primeros de Cortázar, los cuatro de Carver, la antología de Wolff *Aquí empieza nuestra historia*, esa locura literaria titulada *Mañana*, *Mao* de Thorne, Cheever, por encima del mundo.

No pensé que de viejo, y dentro de esta cosa inentendible que yo estaba leyendo, que iba a tener un asunto que provoca desconfianza, como si fuera un dogo campeón al que estoy obligado a pasarle la mano por el lomo), a la que no sé por qué llamamos "La Red", que encontré, allí por el 2009, los microrelatos de Martín Gardella.

Admiré que Gardella maneja a todos los tópicos del género. Alguna vez, en su excelente *Breve*

manual para reconocer minicuentos, Violeta Rojo cita a Dolores Koch, señalando estas características: 1. Ofrece una prosa sencilla, cuidada y precisa, cuya vaguedad o sugereancia permite más de una interpretación. 2. Está regido por un humorismo escéptico; como recursos narrativos utiliza la paradoja, la ironía y la sátira. 3. Debe su origen, responde, alude a otras obras o al proceso mismo de la creación literaria. 4. Rescata fórmulas de escritura antigua, como fábulas y bestias. 5. Inserta formatos nuevos, no literarios, de la tecnología y los medios modernos de comunicación.

En 2010 se publicó *Instantáneas*, el libro de Gardella. Son 158 páginas de microrrelatos que se acomodan en cuatro partes: "Confesiones", integrada por historias contadas en primera persona; "Macrorrealismos", en la que los cuentos se estiran hasta el límite del cuento; "Imposnuras", en las que se reversionan los clásicos, una de las características típicas del cuento breve; "Fugacidades", en la que los cuentos se compactan casi hasta el límite de esa extrañeza llamada "Twitter".

Gardella me hizo volver a esa pasión juvenil del descubrimiento de algo nuevo, logrado y sanamente envidiable. Aún hoy releo estos microrrelatos con la sonrisa cómplice que nos provocan las cosas logradas, como "Baile en el Marcone", como cada libro de cuentos o novela que se nos aferra a las manos para decirnos, a la vuelta de cualquier página, que está buenísimo seguir aquí, vivos.

Sin forzar mucho la cronología, las *Noches azules* de la escritora estadounidense Joan Didion son la continuación por otros medios de *El año del pensamiento mágico*, su crónica de la felicidad y la desdicha que se abrió para su vida primero con la muerte de su esposo y a los dos años con la de su hija. Random House Mondadori publica ahora este libro extraño, donde

la escritora —una de las creadoras del llamado "nuevo periodismo"— repite, de manera más lírica, el esquema que le valió en 2005 el National Book Award por *El año del pensamiento mágico*, donde relataba las horas previas a la muerte de su esposo y las reflexiones que ese golpe tradujo en escritura.

PABLO E. CHACÓN



CONTRATAPA

LUIS SOTO



¿Qué toma, Borges?
Un semillón

Dedicado por Borges. Es la pérdida que más me duele. Pisos, alfombras, ropa, todo se va a ir secando. Este libro quedó aruinado. Borges murió, la dedicatoria vivía. Cómo no voy a llorar”, justifica la señora de Romero. “A vos no te lo dedico”, dice su marido. “¿Ah, no? ‘Al Elvira Romero’, escribí con esa letra menudita que tenía. Soy yo. Y no sé por qué le hice poner tu apellido”.

“La dedicatoria fue para la mina parada en el lugar 127 de la cola. Nada personal”. “A veces no entiendo por qué estamos juntos”, reflexiona la mujer. “Yo tampoco. Pero teacoro que la alfombra cuesta ocho euros y el saco de cuero, dos”, remata Romero. “Si que lloviendo. ¿Adónde vas?”, cuestiona ella al ver que el hombre avanza hacia la puerta de la casa empujando el paraguas. “A dar una vuelta”. “Estás loco. A las 9 de la mañana, y en medio de este despelote, terajás. Poner ollas debajo de las goteras no es solución”. “Calma, mujer. Traigo milanesas. No cocines”.

Santiago Romero enfilaba en línea recta hacia el bar de la estación de trenes. Busca el recordado del techo de chapa, se acomoda frente a la barra y pide un cortado. “¿Quiere hojar el diario?”, ofrece el mozo. Romero espía el logo de tapa. “Ese no”. Sentado un par de taburetes más allá hay un segundo poblador del boliche. De traje azul, camisa y corbata, bambolea la cabeza alrededor de un vaso lleno de una bebida de un amarillo pálido. “El viejo y desahuciado semillón”. Se dice Romero, creyendo adivinar. Se siente observado y el de azul no se equivoca, dice. “Siempre me equivoco”, se engancha Romero. “Tomar vino blanco berreta desde la mañana es fusilarse”. “Cada uno elige...”, insinúa Romero. “Los días semillón siempre andan bien afeitados. Tratan de parecer correctos. Toque...”, tengo barba de una semana. Largué el escabio. El vaso tiene unas gotas de licor

de huevo, lo hace mi hija, y un chorro de soda. Pongo cara de curda para defender un rato de vida privada. Entra a trabajar a las 11”, explica el de azul.

“El tren de 9.36 Constitución viene con 20 de retraso”, gritan desde la boletería. “¿No quiere el diario, entonces?”, insiste el mozo. “No”. “Estamos charlando”, dice el de azul. Se sircelica a una peaca, agrega soda y copia la charla. “Antes las cosas eran más simples. Yo paraba en una esquina de Flores. Había un buzón de aquellos colorados. Los viejos del barrio no se le arrimaban. Se traiga gente, como una boa”, decían. El buzón, sí. Parte de la gente, no todo. Parece que acababa de noche, cuando los pibes reventaban los faroles y hondazos. En 1946 se comió la oreja de un violinista de orquesta típica. “¿Qué orquesta?”, pregunta Romero, inclinando el pie sobre surrealista. “La de Ricardo Tancuri”. “Está hablando en joda...”, manda Romero. “Que joda...”. Fue el 22 de julio de 1946. Los días se negaron a dar noticia. Y la mala leche. De un mún-

sico va a tragarse justo la oreja”, se pone serio el de azul. Romero alza la mirada y por el espejo horizontal ve que el índice del mozo toca varias veces la sien. “Colifla”, traduce Romero. Y para contener el alud habilita una veta nueva: “¿te tira el fútbol?”, yo soy hincha de Excursionistas”. “Me gustaba lo que podía hacer en el vestuario. En la cancha era una camiseta, un número, nada más. Nunca metí un gol yo. Ni en esos picados de baldeo. ¿Nunca, ¿eh? ¿Conoce a otro argentino con semejanza drama encima? Borges, medieron. Y López Rega”, el de azul bebe un trago y hace una pausa. “Otra vez Borges... Y éste no es snob como mi mujer. Me cago en el jardín de pendejos que se trifulcan”, procura ubicarse Romero.

“Bañarme después del partido me gustaba —reanuda su discurso—, me gustaba generalizar y hablar levantando el pie izquierdo, toque de jabón y después frota abaje y una y una con esponja. Empuje y pasaba al derecho. Un montón de años duró esa manera de bañarme. Los dedos se movían solos, no me necesitaban. Hasta que me abrí del fútbol”. “¿Por qué se abrió?”. “Y... la excominica de no meter un gol. Había una orden de

arriba. ¿Qué sentido tiene prohibir que a un medicore marcador de punta le toque hacer un gol? Tira un centro, la pelota se desvía y entra. De pedo, sí, pero es fofa. Nisiquiera eso. Hay mafias. Y eso que nunca he tenido enemigos. Fíjese que ningún pescado me clavó una espina, no me picó ningún mosquito, no tuve sabañones, ni culebrilla. Un fenómeno. Disculpe, necesito ir al tualé”, dice el de azul. El mozo se acerca a Romero y desliza un informe. “Aquí para un enfermero. Le encuentra cara conocida a este hombre, Victor. Apenas eso, un aire. Por ahí no es. Fuera del chamuyo, cliente tranquilo. Viene siempre. Trae ese menjunje y paga un agua con gas. Es la segunda vez que cuenta lo del violinista”. “¿Enfermero de dónde?”. “Del Bor...”. “¿Guarda!”, italianiza Romero el alera. El mozo amula entrecerros y zapamita. “Victor llega con la braguita desbrochada. ‘Hablabamos de aquellas duchas después de jugar. ‘A la vasa meter, Victor’, me cargaban. Imagínese veinte monos desnudos y yo con mi drama. Pa-

só el tiempo y hoy mi hijo ve los partidos por televisión. Repite las barbaridades que vomitan los relatores. Palabras que no existían. No sé si se dio cuenta. Sin ir más lejos, isquiotribiales. Una parte del cuerpo es. De los cuerpos de ahora. Porque hasta 1985, 1990, los cuerpos venían con meniscos, pero sin isquiotribiales. Otra. ‘A que patea con la cara interna’, dice mi hijo. Al rato el relator comenta que Messi le pegó a la pelota con la cara interna. Los mensajes llegan, uno no es de piedra. Un día entré al baño, levanté el pie izquierdo y no sabía qué cara tenía que enjabonar primero. Cara externa, preferí, y desde entonces siempre arranqué con esa. Le tomé idea a la otra. En realidad, desconfío de todo lo interno. Además trato de no confiar en la valla desgarnecida y sobre todo en la pelota que busca la mano. Una discusión interminable: ¿a mano busca a la pelota o la buscona fue la pelota? El esférico, decían, ¿se acuerda? En la pelota que busca la mano hay una carga... pornográfica no: erótica. Y poco coraje éficio. Esa pelota me calienta. No sería: son ocurrencias de tipo sepe. Mire qué curioso: con esta pilcha me casé”, recupera aliento el orador. Romero se ha ido interesando en el monólogo. Siente que Victor no para de improvisar, que es una especie de homenaje, que debe soltarse y colaborar, siente. “Es cierto. La pelota se convierte en una mina sensual y perverse. Como Isabel Sarli, cuando era sensual y perversa”, le sale Romero. “¿La Coca perversa? Vamos, viejo... Las gambas que tenía, y sin isquiotribiales...”, celebra el italiano Victor. “¿Qué garajo hago con este hijo del Bor?”, se plantea Romero. Mira el reloj: 9.54, y le hace una señal al mozo. “¿Qué tomar, otro cortado?”. Santiago Romero queda en silencio. Ya sabe qué va a decir. Cuenta las letras de la palabra clave: ocho. “Un semillón”, pide y ahí nomás invita: “¿se prende, compañero?”.